



**JUNTA MAYOR PRO-FOMENTO DE  
LAS PROCESIONES DE SEMANA SANTA  
DE LEÓN**

**PREGÓN  
DE LA SEMANA SANTA  
LEÓN 2009**

A cargo de  
**D. JOSÉ-ROMÁN FLECHA ANDRÉS**  
Salón de Actos del Nuevo Recreo Industrial

León, 28 de Marzo de 2009



## ***D. José Román Flecha Andrés***

---

*Conocido familiarmente como Padre Flecha, es leonés de nacimiento, aunque actualmente reside en Salamanca. Es ordenado sacerdote en 1964. Se licencia en Filosofía por la Universidad de Santo Tomás (Roma) y en Teología por la Universidad Gregoriana (Roma), doctorándose en Teología Moral por la Academia Alfonsiana de Roma.*

*Profesor de Antropología Teológica en el Centro Superior de Estudios Teológicos (Seminario) de León, es, además, catedrático de Teología Moral de la Universidad Pontificia de Salamanca y Director del Instituto de Estudios Europeos y Derechos Humanos. Además, ha sido Decano de la Facultad de Teología y Vicerrector de la Universidad Pontificia de Salamanca.*

*Entre sus obras destacan: “Sed perfectos” (1992), “Teología Moral Fundamental” (1994), “Buscadores de Dios”, 3 vols. (1992-1999), “El Respeto a la Creación” (2001), “Vida cristiana, vida Teologal. Para una moral de la virtud” (2002), “Moral de la persona: Amor y Sexualidad” (2002), “Bioética. La fuente de la vida” (2005), “Moral Fundamental” (2005), “La familia, lugar de evangelización” (2006), “Moral Social” (2007), “Palabra del Señor. Reflexiones Domingos Ciclos A,B,C” (2007), “San Pablo y convertidos de la Biblia” (2008), “Los Derechos Humanos en Europa” (2009).*



JOSÉ-ROMÁN FLECHA ANDRÉS

**MEMORIA  
DE LA CRUZ Y LA  
ESPERANZA**

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA

LEÓN 2009



En estas vísperas de los días santos en que los cristianos celebramos la memoria de la muerte y resurrección de Jesucristo nuestro Señor, me cabe el honor y la responsabilidad de pronunciar en este año de gracia el pregón tradicional que anuncia la Semana Santa leonesa.

Es éste un honor inesperado, que, como leonés y como cristiano, agradezco sinceramente. Lo agradezco por la oportunidad que me brinda de dirigirme una vez más a las queridas gentes de mi ciudad natal y por esta nueva ocasión de dar testimonio de mi fe en Jesucristo, como el mismo Señor nos pidió (Hech 1,8).

Es cierto que, además de un honor, es ésta una responsabilidad desmesurada, porque recuerdo el refrán de que “nadie es profeta en su patria”, recordado por Jesús en su aldea de Nazaret (cf. Lc 4,24). Y, además, porque soy consciente de lo que comporta pronunciar una palabra balbuciente para anunciar el gran silencio de aquel que es la Palabra de Dios hecha carne y vida humana

Sin embargo, tratando de superar mis temores, apoyado por vuestra amable acogida, a la hora solemne de pronunciar el pregón, me encuentro en la encrucijada de los tiempos, en la que se sitúa todo acontecimiento humano. Imposible es desprenderse del fardel de los recuerdos del pasado, ignorar los guiños del presente y despreciar las señales que orientan nuestros pasos de esperanza hacia un futuro que soñamos y humildemente queremos anticipar y preparar. El pasado, el presente y el futuro nos condicionan, también en esta hora. O por mejor decir, una triple evocación del recuerdo, el mensaje y la esperanza va a articular el discurso que me habéis confiado.

## ***1. EL RECUERDO***

---

El profesor Pedro Laín Entralgo, al que un día apadriné cuando recibió su doctorado de honor en Teología por la Universidad Pontificia de Salamanca, escribió alguna vez que, a tenor de la etimología de las palabras, “recordar” significa pasar por el tamiz del corazón –es decir, del “cor”– los acontecimientos personales o colectivos del pasado.

Y así es. Recordar no es sólo ordenar testimonios del pasado en un archivo insensible. Recordar es agradecer cordialmente los dones que los días y las personas nos han ido entregando. Con ese espíritu de gratitud evoco ahora, públicamente, mi paso por la Semana Santa leonesa.

### **1.1. Un camino personal**

Entre idas y venidas, más o menos prolongadas, mis recuerdos personales me mantienen uncido a las celebraciones pasionales de nuestra ciudad de León.

Yo soy el niño aquel de dos años apenas que, asistiendo en la calle del Cid y de la mano de sus padres, a la procesión de los Pasos del viernes santo de 1943, reconocía con ojos asombrados en las imágenes de los pasos a Pilato y a los sayones, a la Verónica y a Simón de Cirene.

Soy también aquel seminarista que diez años más tarde (en 1954), en otro Viernes Santo soleado, agitaba el incensario en la misma procesión.

Soy aquel diácono que, a la temblante luz de los faroles de la tarde, portaba en 1964 la cruz en la procesión del Santo entierro.

Y soy, al fin, aquel sacerdote que, terminados sus estudios en Roma, otros diez años más tarde, ya en 1974, presidiría la procesión del Santo Cristo del Perdón, como lo haría todavía en años sucesivos hasta 1980.

Una cadencia decenal va ritmando esos cuarenta años de mi presencia activa en las procesiones leonesas. Cuarenta años es un número bíblico que refleja la plenitud de la existencia. Un hombre no puede olvidar y, mucho menos, desamar los acontecimientos y presencias que



han ido marcando su paso de la niñez a la adolescencia, de la juventud a la madurez.

Fácil es comprender que de lo que se vive, se habla. Más pronto que tarde, los que acompañan al hombre le piden que narre su experiencia. Y más si ha sido llamado a vivir un ministerio de evangelización y de servicio a la comunidad cristiana.

Pues bien. Desde hace casi cuatro décadas soy miembro de la cofradía del Cristo del Perdón, con la que he compartido oraciones y proyectos en la parroquia de San Francisco de la Vega. Hace mucho tiempo fui invitado a predicar un triduo para la antigua cofradía de las Angustias y Soledad y otro para la hermandad de Santa Marta. No hace mucho he predicado un sermón festivo de la hermandad de Jesús Divino Obrero y en dos ocasiones diferentes el sermón de las Siete Palabras en la iglesia parroquial de San Marcelo.

Esos son algunos de mis encuentros, tan entrañables como sinceros, con los hermanos y cofrades que han procesionado las imágenes dolientes del Señor por estas calles nuestras.

## **1.2. Iconos y palabras**

Permítaseme evocar aquí un detalle que refleja la impresión que producen las obras de arte que forman nuestro patrimonio iconográfico. En una ocasión, a principios de los años setenta, yo había tomado algunas fotos durante la Procesión de los Pasos. Cuando en Roma llevé a revelar el carrete, el empleado de la casa fotográfica me preguntó sorprendido de dónde procedían aquellas imágenes. Ni que decir tiene que aproveché la ocasión para explicarle el hecho y el significado de nuestra Semana Santa leonesa.

Desde entonces he tenido muchas oportunidades para exponer el arte de los imagineros que atesoramos en esta ciudad. Desde el anónimo artista que en el siglo XV esculpía la imagen de la Virgen del Mercado hasta los maestros del XVI, Gaspar Becerra, Gregorio Fernández y Juan de Juni, que nos dejaron la Flagelación de Jesús, el Cristo de los Balderas y el Santo Sepulcro. Desde Pedro de la Cuadra, Luis de Tudanca y Pedro de Mena, que en el siglo XVII crearon impresionantes

imágenes de Jesús, hasta Luis Salvador Carmona, que en el XVIII nos hacía ver el dolor de la Piedad de María. Tras los anónimos maestros del siglo XIX, he visto aumentar nuestro patrimonio artístico con las obras de Víctor de los Ríos, Estrada, Ajenjo, López Bécker, Melchor Gutiérrez y tantos otros.

Ellos han sabido plasmar en tres dimensiones casi todas las escenas de la pasión del Señor. Si una vez en la historia de la humanidad el Verbo de Dios se hizo carne, cada año por esta fechas la palabra de Dios se hace imagen ante nuestra mirada. Una mirada absorta en los niños y tal vez distraída en los que una vez más asistimos a los desfiles procesionales sin dejar pasar a nuestro corazón los misterios de nuestra salvación.

Sólo Dios sabe si los he aceptado y vivido con atención y coherencia, pero he de confesar que esos misterios han configurado mis amores y querencias. Ellos han modelado mis sentimientos y me han sugerido comentarios en radio y televisión, así como charlas y predicaciones sin cuento, columnas periodísticas y artículos de investigación. Educado por estos misterios de pasión crucificada y de vida renacida, ¿cómo había de callar estos anuncios por los caminos del mundo?

- Estoy profundamente agradecido de haber sido nombrado hermano de honor de la Hermandad de Jesús Flagelado de Salamanca, de haber sido invitado a hablar a los consejos de Hermandades de Semana Santa de Sevilla y de Zamora y a participar con regularidad en los coloquios organizados por la Hermandad salmantina de la Virgen de la Soledad.

- Me alegra haber podido colaborar con mis escritos en diversos libros sobre la Semana Santa Leonesa, en revistas de publicación anual y en varios congresos nacionales e internacionales.

- Recuerdo con gozo y gratitud mis predicaciones en Don Benito, en Alzira y en Torrevieja, con motivo de las bodas de oro de conocidas hermandades, así como en los cultos de las famosas hermandades sevillanas del Silencio y de Jesús del Gran Poder.

Me complace seguir colaborando semana tras semana en la formación de los hermanos y cofrades de otras tierras, con los cuales

nuestros *papones* de León se sienten vinculados por lazos de cultura y de creencias.

### 1.3. Opción y testimonio

Con todo, mis recuerdos son más que recuerdos. Son la expresión callada de una fe que alimenta una vida. Son opción personal y testimonio libremente ofrecido.

Creo firmemente que esta manifestación de la religiosidad popular no puede ser ignorada. Pablo VI en su exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* y Juan Pablo II en la *Christifideles laici* nos han expuesto la grandeza y los riesgos de una piedad que ha mantenido la fe de nuestros pueblos, a pesar de eventuales desvíos y carencias.

Creo que precisamente en esta hora de cristofobia, como la ha definido un judío practicante como Weiler, la celebración pública de nuestra Semana Santa está llamada a evocar el mensaje de amor y de paz del Mesías, nacido y muerto por nosotros los hombres y por nuestra salvación.

Creo que en esta hora de turbación y de crisis moral, más que económica, en que algunos tratan en nuestro pueblo de proscribir la imagen del Señor de los humildes y de los pobres, sacar a nuestras calles y plazas la imagen del Justo injustamente ajusticiado significa apostar por un mundo renovado en el que sea posible la armonía.

Pues bien, con ese bagaje de experiencias y de creencias vuelvo a mi ciudad de León como pregonero de la Semana Santa. Todo es recuerdo y estímulo. La saeta que en otro tiempo un preso anónimo cantaba desde la cárcel de Puerta Castillo, los pasos que se encogen en la estrechez de la Rúa, un Vía Crucis en la noche que abraza la calma empedrada de la Plaza del Grano, el esfuerzo por tomar con acierto la curva entre la cuesta de Carbajal y la de Castañones, las hermanas que procesionan bajo el signo de la Virgen del Camino, los cofrades que actualizan para nosotros el Desenclavo de la fachada venerada de San Isidoro, las fotos que recortan la imagen de un crucificado sobre la piedra enardecida de nuestra Catedral, los que llevan el fuego bendecido para la celebración de la Vigilia Pascual, los que nos hacen visible

y contagiosa la alegría del encuentro de María con Jesús resucitado. ¡Cuántas escenas de esfuerzo y de primor, de fidelidad y de esperanza! Todo puede ser signo de fe y anuncio del misterio.

## ***2. EL MENSAJE***

---

Tras las acariciadas memorias del pasado, es hora de mirar también a este presente que ahora nos es concedido. “Cada día tiene su afán”, como decía Jesús (Mt 6,34). Y cada año tiene sus resonancias especiales.

En este año paulino los cristianos de todas las confesiones celebramos el bimilenario del nacimiento de Saulo, también llamado Pablo (Hech 13,9). Son muchas las lecciones que nos ha dejado este apóstol de las gentes y que vamos desgranando a lo largo de este año.

En vísperas de una nueva celebración de la Semana Santa es oportuno y conveniente recordar el puesto que en su predicación ocupa el misterio de la cruz. Para ello podemos recoger en primer lugar algunos datos que se encuentran en el libro de los *Hechos de los apóstoles*, para evocar después las referencias más importantes que en sus cartas hace San Pablo a la cruz de Jesucristo.

### **2.1. Un muerto que vive**

Ya en el primer discurso de Pablo, pronunciado en Antioquía de Pisidia, el Apóstol recuerda a los judíos cómo Jesús fue condenado a muerte, bajado del madero y depositado en un sepulcro, Pero Dios lo resucitó de entre los muertos (Hech 13, 29-30). Con esas palabras repite casi exactamente las pronunciadas previamente por Pedro en la mañana de Pentecostés (Hec 2, 23) y más tarde ante el Sanedrín (Hech 5, 30).

La sombra de la cruz y el misterio de la resurrección de Cristo constituirán el núcleo de la predicación de Pablo. Así lo atestigua el procurador romano Porcio Festo, al resumir ante el rey Agripa lo que

él había entendido de las acusaciones que los judíos habían formulado contra Pablo: “Solamente tenían contra él unas discusiones sobre su propia religión y sobre un tal Jesús, ya muerto, de quien Pablo afirma que vive” (Hech 25, 19). Es importante esa referencia. El gobernador romano no había entendido mucho sobre la predicación de Pablo, pero lo poco que había entendido es fundamental. Cuando el apóstol y el gobernador llegan a encontrarse, Pablo ha recorrido ya numerosas regiones orientales del Imperio, anunciando siempre el evangelio del Crucificado y afirmando su resurrección de entre los muertos. Precisamente, por atestiguar la resurrección de Jesús había sido despedido con desdén por los filósofos y los curiosos que le escuchaban en el Areópago de Atenas (Hech 17,32). Por afirmar su fe en la resurrección había dividido al mismo Sanedrín en Jerusalén (Hech 23, 6-9).

Ante el mismo rey Agripa que le escucha en Cesárea del Mar, Pablo afirma que la muerte y resurrección de Cristo había sido ya anunciada por Moisés y los profetas (Hech 26, 22-23). Esa continuidad entre las tradiciones de Israel y los misterios de la vida de Cristo era lo que constituía lo específico de su vocación y su misión. En el encuentro con Jesús, en el camino de Damasco, Pablo había llegado a comprender que los anuncios de los profetas de Israel y todas las enseñanzas de la Ley de Moisés conducían necesariamente a la afirmación de Jesús de Nazaret como el profeta prometido a su pueblo (Hech 28,23).

## **2.2. Escándalo y necesidad**

Esa misma convicción aflora en las cartas que Pablo va escribiendo a las diversas comunidades por él fundadas.

En la carta primera a los Corintios, Pablo manifiesta que la muerte salvadora de Cristo y su resurrección de entre los muertos “según las Escrituras” son las grandes verdades que él ha recibido de la tradición (1 Cor 15, 3-4). Ésa es la herencia que ha hecho suya. Ése es el contenido de su predicación. Sobre esos hechos salvíficos se fundamenta su misión.

Igual importancia hay que conceder al hermoso himno que Pablo introduce en su carta a los Filipenses. En él recuerda que, aún siendo

de condición divina, Cristo Jesús se anonadó e hizo obediente hasta la muerte y una muerte de cruz (Flp 2, 8). Por eso, Dios lo ensalzó de una forma insospechada y le concedió el nombre sobre todo nombre, para que el universo entero proclame que Jesús es Señor para gloria de Dios Padre. En esa dinámica, entre el abajamiento y la exaltación, apoya Pablo su exhortación a los Filipenses para que hagan suyos los mismos sentimientos de Cristo e imiten su obediente humildad.

Pablo sabía bien que la cruz era un escándalo para los judíos y una necedad para los griegos. Los primeros confesaban continuamente la majestad y la fuerza de Dios. Los segundos admiraban y buscaban la sabiduría. Pero la soberanía y el poder de Dios no eran valores que los judíos pudieran descubrir en un presunto Mesías denunciado ante dos tribunales y condenado a una muerte ignominiosa. Tampoco los griegos encontraban en el nazareno Jesús a un filósofo digno de que sus enseñanzas fueran escuchadas y enseñadas en las escuelas de Atenas.

Sin embargo, Pablo estaba convencido de que para los creyentes Jesús es el signo y el testimonio de la fuerza de Dios (1 Cor 1, 18), Por eso puede añadir; “Nosotros predicamos a un Cristo crucificado, escándalo para los judíos, necedad para los gentiles, mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios” (1 Cor 1, 23-24).

La necedad se opone a la sabiduría divina, que es inalcanzable para el espíritu humano y desconocida para quienes se glorían de su pretendido poder. Ésos son los que Pablo califica como los príncipes de este mundo. De ellos dice que, de haber conocido la sabiduría de Dios, no habrían crucificado al Señor de la Gloria (1 Cor 2, 8). A los mismos cristianos de Corinto les dice Pablo que Cristo “fue crucificado en razón de su flaqueza, pero está vivo por la fuerza de Dios. Así también nosotros: somos débiles en él, pero viviremos con él por la fuerza de Dios sobre nosotros” (2 Cor 13,4).

Es evidente que la cruz de Cristo no era para San Pablo un mal recuerdo del pasado. Sabía él que el crucificado estaba vivo. Vivía glorificado en los cielos, es decir, había sido ensalzado a la gloria de Dios. Pero vivía también en aquéllos que lo reconocían como Señor y Salva-

dor de sus vidas. Vivía en Pablo, dándole nueva vida y nuevas razones para vivir. Así lo escribía a los fieles de la región de Galacia: “En Cristo estoy crucificado, y vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gál 2, 19-20).

La carta a los cristianos de Roma debió de ser una circular destinada a diversas comunidades. En ella Pablo resume su pensamiento y su mensaje. Precisamente ahí reafirma el sentido salvífico de la muerte de Jesús: “Su muerte fue un morir al pecado, de una vez para siempre; mas su vida es un vivir para Dios. Así también vosotros consideraos como muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús” (Rom 6, 10,11).

### **2.3. Un mensaje para hoy**

Esto escribía el tejedor de lonas de Cilicia, llamado un día a convertirse en apóstol de Jesucristo, de su obra y su mensaje. A dos mil años de distancia, aquellas convicciones de San Pablo siguen siendo significativas para todos los cristianos de hoy, y no solamente para los católicos romanos. Significativas y determinantes.

Ante los azotes y dolores que afligen a la humanidad, a pesar del innegable progreso técnico del que podemos alardear, comprendemos que es inútil suprimir la cruz de nuestros lugares públicos declarándola políticamente incorrecta. Ante la falta de crucifijos se abrirán los brazos de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, implorando pan y justicia, vida y sentido para la vida.

A pesar de las múltiples organizaciones internacionales creadas para evitar los conflictos entre los pueblos, reducir la carrera de armamentos, buscar alternativas para la guerra y proponer la paz y la colaboración internacional, nos encontramos con el trágico espectáculo de la sangre y el desgarró. Son muchos los inocentes que son condenados a muerte en virtud de intereses políticos, no muy diversos de los que movieron a Poncio Pilato a crucificar al hombre Jesús, en el que confesaba no hallar motivo de condena (Lc 23,14).

En un mundo que ha convertido la globalización del comercio, de la información y de los servicios en una señal distintiva de nuestro tiempo, hemos de reconocer que no hemos aprendido a poner en práctica la globalización de la solidaridad, de la que tantas veces nos habló el Papa Juan Pablo II. Todavía son muchos los que son obligados a llevar la cruz de cada día. Todavía hemos de intentar poner en marcha la nueva creatividad de la caridad.

El catecismo que modeló nuestra infancia comenzaba afirmando que la señal del cristiano es la santa cruz, “porque es figura de Cristo crucificado, que en ella nos redimió”. No podemos olvidar aquella primera afirmación de nuestra fe.

El mensaje de San Pablo sobre el misterio de la cruz de Cristo es hoy más vivo y urgente que nunca. Ese mensaje que proclaman nuestros cofrades con su paso cadencioso nos interpela y nos convoca a diseñar un mundo más humano y, por eso mismo, más santo y verdadero.

### ***3. LA ESPERANZA***

---

En un primer momento de este pregón me he permitido recordar –es decir, pasar por el corazón– algunos retazos de una historia personal que me vincula a las procesiones y hermandades de la Semana Santa leonesa.

En un segundo momento he querido hacerme eco de la importancia de las celebraciones del año paulino que están teniendo lugar en toda la Iglesia, para evocar la importancia que el anuncio de la cruz de Cristo adquiere en la palabra y en la pluma de Pablo de Tarso.

Hora sería ya de confiaros algo del espíritu con el que miro al futuro religioso de esta querida ciudad de León y de su tradición cofradiera, que se hace especialmente visible en estos días de la Semana Santa.

Pues bien, para decirlo de forma breve, este momento concreto en el que nos encontramos es para mí la hora de la unión, de la esperanza y de la oración.



### 3.1. La hora de la unión

En mi lejana infancia, a las antiguas procesiones de la Dolorosa, del “Dainos”, o de la Buena Muerte, y del Silencio, se sumaban los desfiles organizados por las tres hermandades o cofradías entonces existentes: Nuestra Señora de las Angustias y Soledad, Dulce Nombre de Jesús Nazareno y Minerva y Veracruz. Muy pronto vería yo mismo nacer las hermandades de Santa Marta, Jesús Divino Obrero, de las Siete Palabras de Jesús en la Cruz y del Santo Cristo del Perdón. De todas ellas guardo memorias imborrables.

Durante esos años de mi peregrinaje por el mundo he tenido noticia del nacimiento y crecimiento de otras cofradías: Jesús de la Redención, Cristo de la Expiación y del Silencio, María del Dulce Nombre, Cristo de la Bienaventuranza, Cristo del Desenclavo, Santo Sepulcro Esperanza de la Vida, Agonía de Nuestro Señor, Jesús Sacramentado y María Santísima de la Piedad y, finalmente la cofradía del Cristo del Gran Poder. He de reconocer que las he ido conociendo, sobre todo, a través de sus escritos.

¿Cómo no pedir a Dios y a los hermanos que ese gran número de cofrades presten sus esfuerzos, unidos y concertados, en la obra de la evangelización que nos ha sido confiada por el Señor? Las tres virtudes teologales brotan de la comunidad y a ella nos conducen. La fe no puede ser vivida en solitario, como no puede la esperanza reducirse al ámbito de los deseos individuales. Por lo que se refiere a la caridad, sería una ridícula contradicción identificarla con el amor a uno mismo. Pertenecer a una hermandad significa tener el propósito de vivir en unión con los hermanos que creen en Jesucristo y de promover la unidad entre todos.

En la noche del Jueves Santo recordamos las solemnes palabras de Jesús en su oración sacerdotal: “Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros ( ) Que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado” (Jn 17, 11.21).

Son mil las razones que nos recuerdan que ésta debe ser la hora de la unión y de la fraternidad entre todos los cristianos. “Para que el mundo crea que tú me has enviado”. No podemos anunciar creíblemente a Jesucristo si no hacemos realidad el deseo de unidad que él nos reveló en la cena postrera de su vida.

### **3.2. La hora de la esperanza**

Ésta ha de ser también la hora de la esperanza vigilante y confiada que nos lleva a mirar al futuro del mundo y de la Iglesia. Recordando unas palabras de Teilhard de Chardin, el Concilio Vaticano II nos ha dicho que “se puede pensar con toda razón que el porvenir de la humanidad está en manos de quienes sepan dar a las generaciones venideras razones para vivir y razones para esperar” (GS 31).

Crear es crear y esperar es operar. Con la ayuda de Dios tratamos de anticipar y diseñar el futuro exigido por la fe y por el servicio a los hermanos, que esperan de nosotros los mejores frutos de nuestra responsabilidad. He aquí un decálogo de mis concretas esperanzas:

1. Espero que el pueblo de Dios descubra o no olvide que en la Semana Santa celebramos el misterio de la muerte y resurrección de Cristo. Una ola de laicismo combativo trata de suplantarlo por las luces anodinas que felicitan unas paganas fiestas de invierno. En lógica sintonía, las celebraciones de la muerte y la resurrección del Señor Jesucristo se presentan como interesadas y lucrativas fiestas de primavera. Si de la celebración de la naturaleza un día se pasó a celebrar la historia, muchos pretenden ahora desandar el camino hacia un neopaganismo cósmico y descristianizado.

2. Espero que la belleza del signo no nos seduzca de tal forma que nos lleve a olvidar la importancia y grandeza del significado. Alguien ha dicho que la belleza salvará el mundo. La imagen ilustra la palabra y la palabra explica a la imagen. Pero la belleza del icono es incomprendible sin la expresión de la palabra y, sobre todo, sin la implicación del que la contempla en la historia narrada por la imagen. Al tiempo que aprendemos a ver al Salvador, aprendamos también a escuchar la voz evangélica que nos ofrece la salvación.

3. Espero que los sacerdotes, diáconos, catequistas y otros agentes de la pastoral de la Iglesia sepamos ver en estas manifestaciones un signo de la religiosidad popular y un medio para anunciar el evangelio. Los iconoclastas de otros tiempos, denunciados por el Concilio II de Nicea, olvidaban simplemente que la Palabra se ha hecho carne. El misterio es ahora “imaginable”, si se permite la intencionada ambigüedad de la expresión. Y los que anuncian la Palabra salvadora no pueden ignorar la fuerza de ese icono del Dios redentor y del hombre redimido.

4. Espero que los hermanos y hermanas cofrades no abandonen la formación de su fe y la participación en las celebraciones litúrgicas y sacramentales que la reflejan y la alimentan. La Iglesia entera está llamada a compartir las tres “funciones” de la misión de Cristo: Maestro, Sacerdote y Servidor. Cada uno de los seguidores del Señor ha de participar en esa triple tarea y vocación: escuchar y anunciar la Palabra de la *verdad*, celebrar los misterios y sacramentos de la *vida* y prestar una mano compasiva a los hermanos que van haciendo *camino* (cf. Jn 14,6).

5. Espero que las hermandades se cuiden de la belleza artística sin olvidar el mensaje religioso que la belleza nos desvela y nos revela. Basta acercarse a ellas, para comprobar que las hermandades y cofradías generosamente emplean tiempos y caudales en cuidar la belleza de los pasos. Nunca se lo agradeceremos bastante. Pero no basta con eso. Humildemente les pedimos que nos ayuden a todos a evocar el relato de salvación y de vida que los pasos representan y presentan a nuestra contemplación.

6. Espero que las mismas hermandades sean fieles a sus orígenes promoviendo el culto litúrgico y la atención a las necesidades de los pobres, como sugería ya en el siglo XVI el Santo Maestro Juan de Ávila. Muchas famosas hermandades mantienen con celo impagable su bolsa de caridad. Gracias a ella colaboran con Cáritas y otras instituciones, no sólo para ofrecer una limosna a los pobres, sino para crear nuevas y mejores condiciones de vida, de salud y de educación para los más necesitados.

7. Espero que los jóvenes y los niños contemplen con ojos de fe estas obras de arte que sus mayores han creado y conservado para ellos. La Iglesia es nuestra Madre, pero es también nuestra hija, como ya escribieron los antiguos padres. Somos un eslabón en la cadena. De nosotros depende la transmisión y la vivencia de la fe de las nuevas generaciones que han de seguirnos en el camino. Los jóvenes braceros, los que participan en las bandas de música, los niños que se levantan el capuchón para no tropezar mientras caminan al lado de los pasos y todos los que de alguna manera se acercan a nuestras celebraciones han de saber que a ellos se confía este tesoro de creencias y vivencias.

8. Espero que autoridades y cofrades no consideren las celebraciones de Semana Santa como un mero espectáculo capaz de atraer más visitantes y turistas a nuestra hermosa y amada ciudad. Me alegra que las celebraciones de la Semana Santa de León hayan sido declaradas de interés turístico. Me alegra por el reconocimiento que esa declaración aporta a los que con tanta pasión las preparan y las viven. Pero ruego a Dios que esa declaración que nos honra no desvirtúe el sentido último de las celebraciones de la fe. Sería francamente patético que se convirtiera solamente en motivo de turismo la conmemoración de la muerte y ajusticiamiento de un ser querido.

9. Espero que las hermandades y cofradías conserven y promuevan el verdadero espíritu de la familia cristiana. Siempre he observado que junto a los cofrades se mueve una multitud de personas, padres y madres, hermanos y amigos, que de mil formas contribuyen al esplendor de las procesiones. Sin ese servicio callado y ese entusiasmo contagioso, no sería posible esta manifestación de la piedad popular. Quienes participan en la belleza del mensaje y de la imagen han de hacer posible y visible el contenido cristiano que transmiten.

10. Espero que los medios de comunicación, tan cerca de los cuales me he encontrado siempre, transmitan a la opinión pública lo más significativo y verdadero de nuestras celebraciones cristianas. Un aforismo periodístico repite como un dogma que las buenas noticias no son noticia. Pues bien, la celebración comunitaria y pública de una infame condena a muerte y el recuerdo que fielmente se repite después

de dos mil años es una noticia suficientemente escandalosa y provocativa para que merezca una atención respetuosa en un mundo que presume de tolerancia y de diálogo interreligioso.

### **3.3. La hora de la oración**

He de terminar. No hace falta decir que tanto los recuerdos del pasado, los mensajes del presente y los deseos del futuro han de pasar por el tamiz de la oración. En estos días de la Semana Santa la religiosidad popular logrará acceder a un espacio público para la expresión de la fe que hoy se intenta relegar al ámbito privado.

Ante nuestras celebraciones religiosas, las actitudes serán por fuerza muy diversas. Algunos se acercan a contemplar el paso de las procesiones por razones sentimentales: se sienten impulsados por la tradición o por los signos de identidad de la tierra donde nacieron. Otros son atraídos por su admiración hacia las expresiones artísticas, sean figurativas o representativas. Y otros, se saben conscientemente motivados por sus convicciones cristianas. La curiosidad, el asombro y la veneración resumen aproximadamente las principales posturas de quienes participan en las manifestaciones que distinguen estos días.

Los católicos nos sentimos impulsados a contemplar la memoria de un misterio: el misterio de la entrega de Jesús de Nazaret, que da cumplimiento a los anuncios y figuras que jalonan la primera alianza bíblica.

- En estos días descubrimos de nuevo la armonía del paraíso (cf. Gén 3, 1-7). Con las palabras del prefacio de la fiesta de la exaltación de la Santa Cruz confesamos que “el que venció en un árbol sería en un árbol vencido por Jesucristo nuestro Señor”.

- Creemos que en la cruz de Jesús se nos revela de forma inconfundible el amor misericordioso de Dios. La cruz es la nueva y definitiva zarza que arde sin consumirse (cf. Ex 3, 1-6), como ha escrito Benedicto XVI.

- Miramos a la cruz de Cristo y a Cristo en la cruz, con más fe que los hebreos alzaban su vista hacia la serpiente elevada sobre un mástil en el desierto (Núm 21, 4-9), como Jesús recordó a Nicodemo (Jn 3, 14).

Ante las celebraciones que se acercan, pedimos a todos respeto para las representaciones de nuestra fe. Y tratamos de vivir en un clima de orante contemplación.

En esta tarde que aquí nos congrega, considero que esa llamada a la oración puedo y debo expresarla con los versos titubeantes y entonces doloridos que compuse hace treinta años al Santo Cristo del Perdón, titular de la Cofradía leonesa a la que me honro en pertenecer:

Estás arrodillado en nuestro suelo  
que ardiente recorrió tu pie cansado  
y elevas el rostro esperanzado  
al abandono cóncavo del cielo.

¿Por qué extiendes las manos sin recelo?  
¿Aguardas el favor del Padre amado?  
O, a punto de ser sacrificado,  
¿nos ofreces un último desvelo?

Todo se cumplirá, que así es la suerte  
del que acepta vivir esta misión  
de amar y de luchar con alma fuerte.

Pero el Padre te otorga la razón,  
y la luz seguirá a tu cruz y muerte.  
Cristo amigo y Señor, Paz y Perdón.

*José-Román Flecha Andrés*

Centro Superior de Estudios Teológicos de León  
Universidad Pontificia de Salamanca

## ***Pregoneros de la Semana Santa Leonesa***

---

- 1970 – Luis Alonso Luengo.
- 1971 – Antonio Briva Miravent.
- 1972 – Ciriaco Pérez Bustamante.
- 1973 – Luis María de Larrea y Legarreta.
- 1974 – Ángel González Álvarez.
- 1975 – Millán Bravo Lozano.
- 1976 – José Anta Jares.
- 1977 – José María Suárez González.
- 1978 – Fernando Salgado Gómez.
- 1979 – Antonio Viñayo González.
- 1980 – Alfonso Prieto Prieto.
- 1981 – Fernando Sebastián Aguilar.
- 1982 – Manuel Núñez Pérez.
- 1983 – Juan Morano Masa.
- 1984 – Juan Carlos Villacorta Luis.
- 1985 – Lorenzo López Sancho.
- 1986 – Fernando Onega.
- 1987 – Eduardo T. Gil del Muro.
- 1988 – Gregorio Peces Barba.
- 1989 – Jesús Torbado.
- 1990 – Jesús María Javier Ortás.
- 1991 – Antonio Viñayo González.
- 1992 – Arsenio Lope Huerta.

- 1993 – Luis Pastrana Giménez.  
1994 – Victoriano Crémer Alonso.  
1995 – Antonio Vilaplana Molina.  
1996 – José Magín González Gullón.  
1997 – Luis del Olmo Marote.  
1998 – Fernando Llamazares Rodríguez.  
1999 – Antonio Trobajo Díaz.  
2000 – Antonio Vilaplana Molina.  
2001 – Francisco Javier Martínez Fernández.  
2002 – Javier Caballero Chica.  
2003 – Domingo Montero Carrión.  
2004 – Inés Prada Martínez.  
2005 – Felipe Fernández Ramos.  
2006 – Nicolás Miñambres.  
2007 – Bernardo Velado Graña.  
2008 – Máximo Cayón Diéguez.